

# SUPLEMENTO A EL DIARIO DE AVILA

## CORRESPONDIENTE AL DÍA 20 DE DICIEMBRE DE 1916

### 1216 VII CENTENARIO 1916

#### DE LA ORDEN DE

## Sto. Domingo de Guzmán

### Al R. P. Luis Theissling

Maestro general de la orden Dominicana con ocasión de las solemnidades de los setecientos años de su legítima confirmación.

Amado Hijo, salud y apostólica bendición.

En el congreso de los Terciarios de Santo Domingo que hace unos tres años se celebró en Florencia, hallándonos Nos presente con otros varios Obispos, con gran consuelo y parecer Nuestro, se determinó que con motivo de las solemnidades que se aproximaban, por conmemorar los setecientos años de la legítima Confirmación de la Orden Dominicana, se reuniese en Bolonia una asamblea del mismo género y de mucha mayor celebridad. Ciertamente, no sospechábamos entonces lo que en breve tiempo Dios había de decretar de Nuestra humilde persona: más a celebrar la obra y la memoria del Santísimo Patriarca, moviánnos propias y peculiares causas, ya por ser como el tutor y custodio de sus sagradas cenizas, ya por contar entre los bienaventurados de su Orden, a un miembro de nuestra familia (1). Ahora bien, como por secreto consejo de Dios ha sucedido que al acercarse esta solemnidad, Nos hallémos ya, no en la sede de Petronio, sino que Nos veamos colocados en la misma Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, Nos es muy grato tener en cuenta, además de Nuestros privados motivos, los méritos inmortales que la Orden ha reportado a la Iglesia, dando a la vez a esa inclita Orden algún singular testimonio de Nuestra apostólica caridad.

Nuestro Predecesor Honorio III, como movido por el Espíritu Santo, tributó especiales alabanzas a la esclarecida Familia Dominicana: el cual, al sancionar y confirmar la Orden, ya fundada nueve años antes, en la Bula publicada el día 22 de diciembre del año 1216, escribiendo el mismo día unas Letras Apostólicas al Padre y Legislador, le decía: «Nos, considerando que los Hermanos de la Orden, han de ser los campeones de la Fe y la verdadera luz del mundo, confirmamos tu Orden». Y con cuánta verdad dijo esto, los sucesos ocurridos hasta nuestros días, claramente lo manifiestan.

Pues por lo que atañe a sus trabajo y celo por la Fe, consta que ninguno jamás se opuso con más fortaleza y constancia que los Dominicos a los impugnadores de la cristiana sabiduría. Ante todo, ¡con cuánta virtud quebrantaron la audacia de los Albigenses para luchar con los cuales fueron, por disposición divina, fundados!... ¡Cuán doctamente y con qué energía, enseñando, predicando y escribiendo, lucharon contra los Cátaros y Patarinos, los Husitas y los Novacianos y los demás herejes que después aparecieron!... Y no fueron pocos los que consagraron con su sangre la profesión de su Fe, y valga citar por to-

dos a aquél Pedro Mártir con que, en gran manera, se gloria la iglesia de Verona. ¿Quién, otrosí, ignora con qué diligencia han procurado fomentar y guardar la integridad de la Fe y de la vida cristiana en los pueblos?... Omitiendo otras obras realizadas por ellos y por ellos saludablemente instituidas, como las Asociaciones del Santísimo Nombre de Jesús y del Augusto Sacramento y la Tercera Orden Dominicana, la Iglesia recibió de manos de Santo Domingo y de sus hijos aquel gran «socorro contra las herejías y los vicios», contenido en el Rosario de María. No menos denodada y útilmente trabajaron en propagar los fines de la Iglesia; y ya desde el comienzo de la Orden sabemos cuán provechosas fueron sus expediciones sagradas a los bárbaros de Asia y del África superior, y más aún en la misma Europa, sobre todo en Polonia y Hungría. Y apenas en América apareció el nuevo e inmenso campo, lo creyeron abierto para ejercitar en él su apostólica labor los Hermanos, especialmente los de España. En ese campo trabajaron en adelante y en todo tiempo, con tal ahínco, que conquistaron, junto con una gloria verdadera, copiosos frutos en la salvación de las almas. Muy esclarecidos en este género son los nombres de Luis Bertrán y de Bartolomé de Las Casas, de los que el uno renovó los ilustres ejemplos de los Apóstoles con el esplendor de sus virtudes y con la grandeza de sus milagros, mientras el otro con justicia es aclamado como el defensor de la dignidad humana, no sólo porque arrancó a los indígenas de la servidumbre de Satanás, sino porque también los protegió contra el despotismo y las injurias de los hombres malos.—Por fin, lo que sobre todo indica una sincera e incorrupta Fe en la Orden Dominicana, es su perpetua y firme adhesión a esta Silla Apostólica; y así no debe callarse que cuando el poder pontificio ha sido impugnado por el poder cesáreo, muchos y los Dominicos los primeros, como fidelísimos servidores del Pontífice, sufrieron persecuciones por salir a su defensa; y siempre que se ha tratado de defender o ilustrar los derechos del Pontificado Romano, los Dominicos fueron siempre los primeros en defenderlos e ilustrarlos. Por lo demás, mientras permanezca bendita la memoria de Catalina de Sena, constará suficientemente la solicitud singular de la Orden Dominicana para con la Silla Apostólica.

Nadie, tampoco podrá racionalmente dudar que con su doctrina han derramado hasta hoy la luz por el mundo. Sabido es de todos cuántos trabajos han realizado siempre en los óptimos estudios con los que se ayudan para el bien vivir los progresos del género humano; ni es del caso recordar ahora los Hermanos que han inmortalizado la ciencia con sus graves y sólidos escritos, fruto de sus ingenios y de sus inteligencias colmadas de verdad. ¿Quién de los que han profundizado en la sabiduría no se admirará de los volúmenes de Alberto el

Grande y de Cayetano?... ¿Quién, juntando su amor a las ciencias con el amor a la Iglesia Santa, no considerará como lo más excelso, no amaré con pasión y no seguirá religiosísimamente a Santo Tomás de Aquino, cuya doctrina, ciertamente y por disposición de la divina Providencia, ha iluminado a la Iglesia, confirmando la verdad y disipando todos los errores que después de él habían de aparecer? Y la principal alabanza que se ha de tributar a esta Orden, no es sólo porque formó al Doctor Angélico, sino porque jamás se apartó de él y de su doctrina ni siquiera en una tilde (*ne latum quidem unguem*).—A esaluz de erudición ha de añadirse, como más divina aún, la luz de la santidad. Muchos, en efecto, de esta Familia religiosa, desde sus primeros días hasta hoy, y de ellos unos más resplandecientes que otros, después de una vida inocentísima, fueron trasladados al cielo, donde como estrellas, alumbran a los pueblos cristianos en la práctica excelente de toda virtud. Jefe de este coro es el Padre Santo Domingo, y después de él resplandecen en maravillosa variedad de menores lumineros el Aquinatense, San Vicente Ferrer, el Ordenador de los Cánones (Raimundo de Peñafort) la Virgen de Sena y Aquella otra (Rosa de Lima) que figura como princesa de la santidad en las regiones australes de América. Lo cual, todo considerado, no causará admiración que esta Silla Apostólica, la que ocuparon santísimamente cuatro Papas dominicos (1), haya tenido y tenga siempre un gran concepto de la Orden Dominicana. De ahí que los Romanos Pontífices a menudo buscaron a los Dominicos para constituirlos en excelsas dignidades y para encomendarles gravísimos encargos. Y ciertos oficios dedicados a la tutela de la Fe, fueron encomendados perpetuamente a esta Orden para conservar la integridad de la disciplina y de la doctrina.

Nos, pues, amado Hijo, considerando estas cosas, damos en primer lugar, rendidas gracias a Dios, autor y dispensador de todo bien, por haber conservado hasta hoy, por su bondad, la Orden de tu Legislador y Padre, y humildemente le rogamos que de igual manera en lo sucesivo, se digne ayudarla y acrecentarla. Entretanto Nos congratulamos cordialmente contigo y con tus Hermanos pertenecientes a las tres Órdenes Dominicanas y os exhortamos a que perseveréis siendo dignos hijos de tan gran Padre y herederos de las glorias de vuestros mayores. Y a tí, en especial, que has comenzado el sumo Magisterio de la Orden con la celebración de tan fausta memoria, os auguramos y deseamos un Generalato próspero y fructífero a la Iglesia.

Y para que estas seculares fiestas, que se han de celebrar el día 22 de Diciembre, se celebren en efecto, con más copioso fruto y alegría de espíritu, queremos enriquecerlas con los dones de la indulgencia pontificia. Así, pues, a todos los que el día de la fiesta o uno de los del tríduo visiten una iglesia u oratorio público de cualquiera de las tres Órdenes Dominicanas, mientras se guarden las condiciones ordinarias, concedemos una Plenaria Indulgencia. Además, concedemos que no sólo el día de la secular solemnidad, sino también los otros dos días de los cultos triduanos se pueda rezar la misa del Padre Santo Domingo.

(1) Bienaventurados Inocencio V y Benedicto XI, San Pío V, y el Venerable Benedicto XIII.

Como garantía de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, amantísimamente os damos la bendición apostólica, a tí, amado Hijo, y a toda la Orden Dominicana.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 29 de octubre de 1916, de Nuestro Pontificado el año tercero.

Benedicto Papa XV.

### Bula de Honorio III

Honorio, Obispo, Siervo de los Siervos de Dios.

Al amado Hijo fray Domingo, Prior de San Román de Tolosa, y a tus Hermanos que profesan o han de profesar la vida regular: Salud y Apostólica Bendición.

Nos, considerando que los Hermanos de tu Orden han de ser los campeones de la fe y la verdadera luz del mundo, confirmamos tu Orden con todos sus bienes y posesiones tenidos o por tener, y a esa misma Orden y a sus posesiones y derechos acogemos bajo Nuestra gobernación.

Dada en Roma, junto a Santa Sabina, el XI de las Kalendas de enero (22 de diciembre) de Nuestro Pontificado el año primero.

### Los atletas de la fe.

«Atendiendo, dijo, Honorio III, a Domingo de Guzmán, inclito Fundador de la Orden de Predicadores y a los pocos que por entonces se habían alistado bajo su bandera, que habéis de ser los esforzados defensores de la fe y lumbreras del mundo confirmamos vuestra orden.»

Estas palabras casi proféticas nos manifiestan los caracteres distintivos con que se han dado a conocer en la Iglesia los hijos de Domingo. Sus gloriosas empresas y hazañas nos los presentan siempre y en todas partes como denodados atletas de la fe y lumbreras del mundo. No es fácil recordarlas todas; pero baste traer a la memoria los nombres de Domingo de Guzmán, Pedro de Verona, Jacinto y Ceslao de Polonia, Raimundo de Peñafort, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Vicente Ferrer con cien otros más que no es posible enumerar: bastarían por sí solos para reconocer que con la institución de la Orden fundada por Santo Domingo apareció en el mundo nueva raza de gigantes en la fe.

Sus empresas gloriosas tampoco es posible recordarlas todas, porque excederían los límites que nos hemos propuesto al escribir estas líneas; pero no podemos pasar algunas todas en silencio. Las del ilustre Fundador de la Orden son de tal cuantía que después de siete siglos casi llegan a deslumbrar nuestra vista. En todas da a conocer que es aquel esforzado gigante que con sus robustos hombros sostiene la bóveda y macizos muros de la basílica de Letrán que amenazaba desplomarse.

El Languedoc con sus ciudades de Beriers, Carcasona, Fanjeaux, Tolosa, Muret fueron el campo abonado de sus hazañas. Todas estas ciudades pudieron escuchar la voz vibrante del nuevo Predicador pues en todas ellas resonaron las palabras de fuego con que disputaba y luchaba sin tregua ni descanso con los herejes, enemigos declarados de Dios. En una de sus muchas disputas con los sectarios de la herejía que todas aquellas tierras las infestaban, llegaron al acuerdo de hacer al fuego Juez de las enseñanzas que tanto Domingo como los herejes predicaban; ¡cosa maravillosa! Por tres veces es arrojado a las llamas el manuscrito de Domingo que contenía la

verdad de su predicación y por otras tantas no solo es respetado sino que las mismas llamas le arrojan y despiden a fuera dejándole ileso; someten a la misma prueba el escrito compuesto por los herejes y en un instante es devorado y reducido a pavesas por las llamas. Este y otros prodigios obrados por el siervo de Dios no pudieron persuadir a aquellos entendimientos obcecados ni ablandar aquellos corazones endurecidos; pero dan bien a conocer que el Fundador de los Predicadores era caudillo de los nuevos campeones de la fe. Por este tiempo estableció e instituyó la simpática y celebradísima devoción del Rosario. Con esa cadena de oro, recibida de manos de María logró cautivar las almas de más de cien mil herejes reduciéndoles de nuevo al redil de la Iglesia. No nos detendremos en reseñar otros hechos gloriosos de su vida, pero todos ellos nos le presentan como insigne atleta de la fe.

Al lado de Domingo merecen figurar aquellos de sus hijos, que habiendo heredado su espíritu, marcharon por las sendas y huellas del Santo Fundador. En primer lugar hiere nuestra vista por sus vivos resplandores la insigne figura de Pedro de Verona, campeón esforzado de todos cuantos en la Orden de Domingo vertieron su sangre por defender que no hay más Dios que Jesucristo y el Padre que le envió. Desde la edad de siete años que comenzó a frecuentar la escuela, mostró estar destinado a ser el martillo de los herejes y defensor de la fe cristiana. Preguntado por un tío suyo, prendido entre las mallas del maniqueísmo, que había aprendido en la escuela, por toda respuesta le recitó con toda soltura el primer artículo del símbolo de nuestra fe: «Creo en Dios, Padre, Todopoderoso Criador del cielo y de la tierra». «Temo, replicó el tío, al oír la respuesta inesperada para él y demás circunstancias que la oyeron, que cuando crezca este niño, y esté más instruido destruya nuestra religión»; (el maniqueísmo) que por entonces infestaba a Italia.

El tío no se engañó en su predicción. Aquel niño creció, se consolidó y se robusteció en él la fe y pasando el tiempo se transformó en un taumaturgo y por fin en ilustre campeón de la fe. Roma, Florencia, Milán y Bolonia nos podrán referir sus milagros, su fogosa y ardiente predicación, sus contiendas y luchas no interrumpidas con los maniqueos, enemigos declarados de antiguo de la verdad cristiana; pero las pasaremos en silencio para dar cabida a su gloriosa muerte como atleta invencible de la fe.

Yo sé de cierto, decía el santo predicando en Milán ante un auditorio de diez mil personas, que los mismos maniqueos han resuelto mi muerte y han depositado el precio de mi sangre. Pueden hacer lo que quieran. Yo haré después de mi martirio mucho más contra ellos que llevo hecho durante mi vida. Esto lo dijo el día 24 de marzo, día de Ramos, y el día 6 de abril de aquel mismo año (1252) trasladándose de Roma a Milán, y hacia la mitad del camino, cerca de un lugar llamado Barcalino, a la entrada de un espeso bosque, uno de los conspiradores que le habían seguido los pasos le alcanzó y descargando un fuerte golpe de hincio sobre el cráneo del Santo le dividió en dos pedazos. El Santo cayó al suelo y con la sangre que brotaba de la herida se puso a escribir en el suelo el primer artículo de nuestra fe «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra». Así debía morir este insigne atleta de la fe, bañado en

(1) El Beato Antonio della Chiesa.

su propia sangre y refrendando con ella las verdades del símbolo cristiano. Ni vaya a creerse que con la muerte de este insigne campeón de la fe se extinguiera la raza de gigantes entre los hijos de Domingo. Pedro de Verona fué el primero que ciñó sus sienes con la aureola del martirio y esto en las campañas de Milán; pero ocho años después (1260) allá por tierras que riega el Vístula, en la ciudad de la pequeña Polonia-Sadoc con sus cuarenta y ocho compañeros ceñían sus frentes con idénticos o parecidos laureles. Sucedió que un día se encontraron admirados y sorprendidos con el anuncio grabado con letras de oro en el martirologio de su propia festividad. «En Sandomira la pasión y muerte de cuarenta y nueve mártires.» No tardó en verificarse el anuncio. Por la tarde de aquel día penetraron en el convento los tártaros que le habían asaltado y apoderándose de la ciudad invadiendo el coro, en el que se hallaban cantando la Salve de Completas los esforzados campeones de la fe, descargaron sobre ellos los golpes de su furor y de su rabia degollándolos a todos ante las aras y altares del Señor. Así los que en la tierra celebraban con sus cánticos la piedad y misericordias de María terminaron su cántico en el cielo a los pies mismos de la Madre de Dios. También estos merecen figurar entre los aguerridos atletas de la fe. Pero por aquellas regiones volaban como ángeles de paz otros hijos de Domingo que no es posible mencionar, pero que con el fuego de su palabra enardecían a los pueblos y ciudades por donde pasaban infiltrando en el corazón de todos el amor a la verdad del Evangelio que predicaban. ¡Qué hermosos y encantadores son los pasos de los que evangelizan la paz!

No nos será posible acompañarles en sus jornadas apostólicas, pero baste saber que los cinco destinados por el propio Patriarca (con otros tres más que se les reunieron en Calabria) a evangelizar los reinos y regiones del Norte de Europa, atravesaron Austria, Hungría, Moravia, Silesia, Polonia, Prusia Oriental, Pomerania, Dinamarca, Suecia, Noruega, ambas Rusias, sintiendo en todas las regiones la fragancia de las virtudes de Jacinto y Ceslao que las recorrieron e hicieron de ellas el campo de sus faenas apostólicas.

Entre tanto Pablo de Hungría formado y enviado por el santo Patriarca, desde Gevar y Vesprina, ciudades ambas de la baja Hungría, con otros compañeros lograron penetrar en Croacia, Esclavonia, Transilvania, Valaquia, Moldavia, Bosnia y Servia donde por desgracia, hoy, arde la guerra, llegando hasta el país de los Cumanos, los cuales eran tan bárbaros, que dice un historiador, «que cualquier viajero los tendría mas bien por bestias feroces que por hombres racionales nacidos para la sociedad.» Poco consiguieron los heraldos evangélicos en esta primer entrada; mejor dicho, muchos de los misioneros fueron sacrificados por aquellos salvajes, pero Pablo de Hungría no se dió por vencido. Por segunda vez acompañado de nuevos campeones, sedientos todos de alcanzar la palma del martirio vuelve a los Cumanos, logrando en esta segunda entrada ganar para la Fe al Duque de aquellas tierras con toda su familia y servidumbre.

Con esto quedó instalado entre aquellas gentes el reinado de Jesucristo. Dios no había de dejar sin premio los trabajos hechos para llevar a cabo tan gloriosa conquista. Invadida la Germania por los tártaros, Pablo de Hungría con noventa compañeros más, todos dominicos, vinieron a morir a manos de aquellos bárbaros consiguiendo la palma del martirio y entrando de esta manera a aumentar la numerosa falange de los atletas invencibles de la fe. Pero es tiempo ya de alejarnos de las regiones del Norte, dejando a los celosos hijos de Domingo recorrer sus llanuras ó salvar sus escabrosas montañas, para trasladarnos a estas tierras Occidentales de Europa donde se ofrecerán nuevos campeones de la fe que en la excursión que acabamos de hacer se nos quedaron como rezagados.

X.

Colegio de Santo Tomás de Avila 20-XII-1916.

«Fue hermosa»

El mundo era perdido, las sombras de la muerte tendían lentamente su manto aterrador, y el hombre encenagado en el maldito vicio corría al precipicio en brazos del error.

Alzó también su vuelo la pérdida herejía y con la saña impía de su furor cruel declara guerra abierta a todo lo sagrado y unir quiso el reinado de Cristo, con Luzbel.

Mas Dios, tres veces Santo que siendo la luz pura jamás la noche oscura le pudo circundar, deshizo sus quimeras con otra luz brillante, otro astro rutilante, que hizo iluminar.

Sus lúcidos fulgores llevaron por doquiera la ciencia verdadera robada al Querubín, y a su grata influencia el mundo corrompido hallóse convertido en místico jardín.

Marcharon las tinieblas y el día volvió claro porque este hermoso faro su brillo dejó ver y el hombre que se hallaba ya casi moribundo de su sueño profundo tornóse a renacer.

Así la tierra toda a esta luz, su vida entona agradecida mil himnos con afán y dice a grandes voces con júbilo sincero que ha sido este lucero Domingo de Guzmán.

Un novicio del Colegio de Santo Tomás

VII Centenario de la Orden de Predicadores

UN SANTO

Es difícil el formarse idea clara de lo que es «ser santo». Juzgando la virtud con ignorante candidez y apreciándola nosotros con indulgencia en los que amamos, solemos aplicar a éstos, a los que son buenos y amables, el calificativo más honroso que puede obtener persona alguna, el que sin duda exige mayor esfuerzo y dificultad para ser merecido.

¡Es un santo!.. ¡Es una santa!.. Decimos con toda sencillez del prójimo amable y más o menos virtuoso. A veces, no ya del prójimo. En el interior secreto de nuestra alma lo sentimos de nosotros mismos. ¡Oh!.. Hay horas, hay días en que «somos santos». Así lo juzgamos al menos llenos de dulzura y de íntima satisfacción.

Unos creen ver el cielo, tocar el ideal de la santidad al oír suave melodía bajo las bóvedas suntuosas de una catedral gótica. Otros se juzgan santos si tuvieron un movimiento de compasión hacia su hermano enfermo, hambriento o desnudo, si perdonaron una injuria, si dieron al pobre lo que sobraba, después de satisfacer necesidades y gustos. En ocasiones tales tiéense por gigantes de la virtud los que así obran y comparándose, no con los santos verdaderos, sino con los malos cristianos, en vez de lamentar las mil ocasiones en que faltaron a su deber, se agrandan y envanece por una sola en que con él cumplieron.

Es que no profundizamos el sentido de la palabra «santo», que si en los primeros siglos fué sinónimo de cristiano, hoy debe ser empleada para apreciar diferencias. No. El conmovernos hasta llorar, en ambiente adecuado para ello, será delicadeza de sentimientos, gusto artístico, exquisita sensibilidad y ternura de corazón, pero no es la santidad. El compadecernos del hermano, el perdonar las injurias, el partir nuestro pan con los pobres son deberes elementales en la Ley de Jesucristo y nadie puede omitirlos sin renunciar al nombre de cris-

tiano, porque su práctica es obligatoria, no voluntaria.

Del dominio común son en el ejército el valor, la subordinación, las virtudes militares. Todos o la inmensa mayoría de los individuos agrupados en torno de una bandera, la aman, son valientes, derraman su sangre, si es preciso, en defensa de la patria. Esto es ser soldados. Al que carece de tales condiciones se le llama cobarde, antipatriota. Pero a veces surge un héroe, una verdadera excepción de entre los soldados buenos, valientes y generosos y el héroe se excede en la práctica de las virtudes; vé, siente, gusta el deber del sacrificio de modo distinto que los demás y si el buen soldado acepta la muerte, él, el héroe, sale a su encuentro, se siente feliz inmolando su vida en el altar del ideal.

Así también el santo es verdadera excepción entre los buenos, entre los mejores y más virtuosos cristianos. Porque la santidad no es la virtud, sino el heroísmo en la práctica de ella; la santidad no se concreta al cumplimiento del deber, sino que se impone deberes nuevos a costa de enormes sacrificios. La santidad es fuerza sobrenatural, es desprendimiento de sí mismo, es absoluta abnegación, es abrazo estrecho con la Cruz de Cristo; es renuncia total de cuanto no es Dios o a Dios conduzca.

Deben sí los soldados estudiar las glorias de sus héroes escritas con letras de oro. Deben seguir sus pisadas, tocar sus laureles, penetrarse ante todo del ideal «patria» condensación de muchos ideales que no conocen fronteras.

De modo idéntico, en el mundo sobrenatural y en el fragor de los combates del espíritu, debemos los cristianos buscar a nuestros héroes, mirar a los que vencieron a costa de su sangre, de su vida, de todo su ser terreno; debemos besar su bandera, que a todos cobija, compenetrarnos del ideal sublime que agiganta sus figuras a través de los siglos y reconocer en estos héroes de la Cruz, a los santos verdaderos.

María de la Cruz.

Centenario de Santo Domingo 1916.

Himno a la Orden Dominicana

CORO

Con palmas de triunfo y acentos de amor cantad a la Orden del gran Fundador. ¡Estrella del cielo feliz de Guzmán! tejiendo tus glorias los siglos están.

Estrofa 1.ª

Pasaron los años y el tiempo al correr no pudo la Orden del mundo barrer. Dios puso aquí el sello de su eternidad y es Orden que vive la inmortalidad, Asilo del alma, jardín de virtud, escuela sagrada de la juventud. Oasis florido de la Religión, regado con sangre de la Redención.

CORO

Estrofa 2.ª

La empresa gigante brotó de su fé, Domingo vió al mundo rendido a su pié. Sintió sus miserias, Le tuvo piedad y quiso calmarle su sed de verdad.

Fué el cielo su libro,

su ciencia la cruz, la fé su divisa, la estrella su luz.

Su campo el Rosario, morir su valor... así es como al mundo le dió paz y amor.

CORO

Rafael Sanz, Pbro. T. D.

Alcalá 8 de diciembre de 1916.

La música del P. Arrúe, O. P.

Una composición musical notabilísima

Lo es en efecto, por su fondo y por su forma, la que en breves líneas deseamos dar a conocer al público abulense, amante de la verdadera música religiosa.

Se trata de una obra artístico musical de alto relieve, que por sí sola bastaría para dar renombre glorioso a su célebre autor, el Sr D. Julio Valdés, si ya no tuviera conquistada una fama universal entre los compositores religiosos modernos, por multitud de obras de indiscutible mérito, que han visto la luz pública.

Hagamos un poco de historia.

Próxima ya la fecha memorable del séptimo centenario de la fundación de nuestra sagrada Orden (22 de Diciembre actual) se pensó, con tal motivo, celebrar solemnes cultos en esta nuestra Iglesia de Santo Tomás de Aquino, invitando al pueblo fiel a tomar parte en ello con objeto de darle a conocer, en lo posible, las grandezas y glorias dominicanas, conquistadas con incesante labor a través de siete siglos, y utilizando las ciencias y las artes bellas, sobre todo, para que unidas en estrecho lazo, contribuyeran igualmente a solemnizar tan fausto acontecimiento.

En efecto, por lo que respecta a la música, la más bella entre todas las artes, y la que, como parte integrante de la liturgia solemne, contribuye en gran manera a aumentar el decoro y esplendor del culto divino y de las solemnidades religiosas en la presente ocasión, se le ha dado un puesto de importancia y cumplirá sin duda su objetivo principal, que consiste en revestir de adecuadas formas melódicas el texto litúrgico, o una composición literaria de carácter religioso.

Pues bien, ciñéndonos a nuestro propósito y haciendo caso omiso de las demás composiciones musicales, que entran a formar parte del programa del festival indicado, vamos a describir sumariamente la obra polifónica del señor Valdés, escrita precisamente para estas solemnidades del VII Centenario de la Orden Dominicana.

Es toda ella una filigrana artística de subidos quilates.

Para apreciar debidamente esta joya preciosa del arte divino, y esta grandiosa manifestación del genio musical del Sr. Valdés, es preciso detenernos un poco haciendo un ligero examen del texto litúrgico, que ha inspirado al autor tan maravillosa producción artístico-musical.

P. Arrúe, O. P.

Continuará.

La Orden Dominicana o de Predicadores y la Verdad

Gracias al cielo, el mundo se halla ya en posesión de la Verdad, que la ciencia humana no podía mostrar a los hombres.

Esta Verdad es Jesucristo. El es la Verdad, que ha bajado del Cielo para manifestarse en la tierra, la Verdad que viene de Dios, y que es Dios mismo, revelado por su Verbo. El es la Verdad, toda la verdad de las inteligencias.

Para encontrar esta Verdad no tienen necesidad las almas humildes y sencillas de sondear los misterios de la naturaleza, ni las profundidades de la ciencia, ni los abismos del hombre y de Dios, porque esta Verdad la ha preparado para ellas la paternidad Divina, como la humana prepara el alimento para los niños. Las almas humildes y sencillas han de buscarla en el seno de la Iglesia, como van los niños a buscar la leche en el pecho de su madre, sin discutirla, sin analizarla, sin descomponerla «Sicut modo geniti infantes rationabile lac concupiscite.»

Alimentados y fortalecidos con esta leche sustancial de la maternidad divina, alcanzan los hombres la salud del alma y la plenitud de la inteligencia. Ningún entendimiento, así alimentado, carece de una sola verdad conservadora, de un solo principio de orden, de un solo axioma de moral, de un solo dogma religioso, de la solución de una sola de las cuestiones que la filosofía ha planteado.

Pero vosotros, predilectos del pensamiento, aristocracia de las inteligencias, que gustais de mirar a la luz y al fondo mismo de las cosas, tranquilizáos; porque también para los que sientan la necesidad de investigar, y quieran profundizar hasta los orígenes de las cosas, hay dentro de esa Iglesia una luz que les manifieste en el fondo de esta Verdad luminosas profundidades; tan luminosas, que confesareis que esa Verdad es el origen de la luz, de toda la luz, la verdadera luz del mundo, el foco íntegro de la Sabiduría completa, es decir, de la verdadera Sabiduría.

Esta luz que os hará ver en Jesucristo abismos luminosos, esta antorcha refulgente, es la Orden Dominicana o de Predicadores, que refleja en sí la luz de Cristo para iluminar con ella a las almas.

Contemplad esta Institución siete veces secular.

Ved su figura destacándose sobre lo más alto de nuestras edades cristianas para reflejar la luz de Jesucristo, a la manera que las cúpulas de las grandes Catedrales reflejan los rayos del sol. De ella puede decirse estas formidables palabras: «Si el Verbo Encarnado es el esplendor del Padre, la Orden Dominicana es el esplendor del Verbo encarnado.»

Illuminada por los rayos de Cristo, por las luces del Verbo creador y del Verbo encarnado, derrama ella sobre los dos mundos de lo inteligible divinas claridades. Oráculo de la Teología, maestra en la Filosofía hace hablar a la una y a la otra el lenguaje más católico y el más racional, el más profundo y el más claro, el más llano y el más preciso, la palabra más divina que es posible concebir por su luz tranquila y su serenidad celeste. Ella ha sabido juntar en un solo haz la luz divina de la razón y la luz celeste de la revelación, formando la antorcha inextinguible de la ciencia cristiana y enseña a las inteligencias hambrientas de verdad una doctrina, que es la expresión científica de la Verdad, y la fórmula insuperable de la Sabiduría.

Ella os trazará, iluminada por el Verbo creador, las grandes líneas de la verdad aun en el mismo orden racional. Ella, iluminada por el Verbo encarnado, os mostrará las perspectivas infinitas de Dios, otros horizontes, que no alcanza a descubrir la sola luz de la razón, otros espacios, otro cielo, otro sol, otras estrellas, otro firmamento de la verdad que ilumina todo el horizonte de la ciencia natural, y entreabre a los ojos del hombre profundidades, por las cuales puede ir siempre avanzando, porque ante las inteligencias lanzadas ya en los espacios de lo infinito, los límites se van alejando eternamente.

¡Bendita sea en el VII Centenario de su fundación, la gran Orden de Predicadores, que tiene por misión enseñar la Verdad y mostrar al mundo la luz! El Verbo Encarnado es el esplendor del Padre; ella es el esplendor del Verbo Encarnado.

Cristo es la luz del mundo; la Orden Dominicana es el reflejo de esta luz. Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine. Ella no es la Luz, es cierto; pero es la que da testimonio de la Luz.

Froilán Perrino.